

«...me enterraron la punta del fusil en la cicatriz de una operación de hernia que tenía al costado derecho. Pero a mí me pegaron poco. Vi a Alberto Corvalán, hijo de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile. Lo vi en el Estadio Nacional. Lo tenían aislado y no dejaban hablar con él. Nosotros éramos como cuatrocientos detenidos y nos hicieron formar entre dos filas de soldados que nos encañonaban con sus armas, por delante y por detrás. Allí estaba Corvalán hijo, con una frazada en la cabeza. Esto pasaba en la parte exterior del velódromo. Seis milicos lo insultaban en forma soez, para provocarlo y hacerlo hablar, según me daba cuenta. Corvalán no largaba nada. Cuando lo soez de los insultos le exasperaba, él contestaba como hombre y entonces entre los seis milicos lo pateaban, lo golpeaban, lo culateaban sin miramiento alguno, con todo salvajismo y como contentos de hacerlo. Corvalán gritaba entonces que no le pegaran más. Esto se repitió una y otra vez y todos los detenidos estábamos desesperados porque no podíamos hacer nada y estaba claro que si gritábamos siquiera nos iban a ametrallar a todos. Al fin terminó el suplicio de Corvalán cuando se se movió más y quedó botado. Los milicos exigieron la ayuda de los propios detenidos de la fila para trasladarlo. No supe donde lo llevaron...».

Las mujeres

Los equipos de torturadores militares, graduados en la Escuela de las Américas en la Zona del Canal, han demostrado con las mujeres chilenas una especie de conocimiento general de la bestialidad humana que los coloca muy por encima de sus maestros norteamericanos, a juzgar por lo que sabemos.*

Una profesora universitaria, de la sede Oriente de Santiago de la Universidad de Chile, casada, dos hijos, que estuvo cuarenta días detenida en el Estadio Nacional, hace un *memorandum* para el autor de este libro, sobre el trato a «las prisioneras de guerra»:

«Se las obligaba a permanecer todo el día, boca abajo, con las manos sobre la nuca y las piernas abiertas... Había filas de prisioneras hincadas o paradas contra los muros, y al menor movimiento eran golpeadas, pateadas... Y en varios casos, lo vi, baleadas... En los camarines de seis por cinco metros había cien mujeres. Comida una sola vez al día (a las 16 o 17 horas). Había

dos grupos mayoritarios de prisioneras: obreras y profesionales universitarias... Muchachas y mujeres adultas fueron vejadas, obligadas a desnudarse, manoseadas e insultadas como preámbulo a los interrogatorios... Las profesoras habían sido sacadas desde las propias salas de clase con los brazos en alto... Un grupo de maestras de escuela tuvo una peregrinación abyecta: en la comisión investigadora una de ellas fue pelada al rape... Luego a los Cerros de Chena, siempre con los ojos vendados... Para ir a los servicios higiénicos debían hacerlo con guardias que aprovechaban para manosearlas y golpearlas... Las interrogaban desnudas, les aplicaban corriente eléctrica en la boca, las manos, los pezones, la vagina, desparramaban agua sobre sus cuerpos para que el dolor fuera más intenso. Las palabras con que se dirigían a ellas eran propias de degenerados y las hacían repetir continuamente “yo soy huevona”, “yo soy huevona”... Una profesional de un hospital fue llevada al recinto naval de la Quinta Normal. Allí estuvo tres días sin poder dormir nunca, sometida a torturas eléctricas cada ciertas horas. También a ella se le aplicó electricidad en la vagina. Después la llevaron al Estadio Nacional. Fue llevada a interrogatorio de nuevo, también con los ojos vendados. Esta vez, al parecer fue en el Velódromo, donde ya se había instalado la cámara de torturas. Fuera de corrientes eléctricas, esta vez se le obligó a tomar algo con la mano. Le habían puesto una inyección, que supuso de pentotal y que la tenía algo mareada, pero consciente. Al momento, sintió que era un miembro masculino que, al contacto con su mano, se puso erecto. Se lo introdujeron en la boca, donde eyaculó.¹⁰

Hay otros *memorándum* de prisioneras que después lograron comunicarse con el autor de este libro. En esencia relatan lo mismo, aunque agregan que algunos oficiales les contaban que tenían «métodos de interrogatorio fuerte» para «ablandar», para «sacar información» y para «intimidar moralmente».

Y algunas novedades en esos otros *memorándum*: «Las acostaban desnudas, sobre las tablas, y desparramaban cera derretida sobre el vientre... Hubo violaciones de a grupo o individual. “Muévete puta marxista”, le decían. “Si no contestas vas a tener que chuparle el pico hasta al general Pinochet, puta de mierda”, les decían también. “Otros oficiales comenzaban por introducirme un dedo en la vagina, con la intención de excitarme»...

Hay muchos ejemplos, las páginas de los periódicos del

mundo están llenos de ellos. Los cementerios de Chile están cubiertos de cadáveres mutilados. Quisiera citar, como una especie de resumen del arte de la tortura aplicado en mi país por los militares, el testimonio aparecido en el diario «El Tiempo», de Bogotá, en las ediciones del 26 y 27 de marzo de 1974, bajo la firma de autenticidad del columnista Daniel Samper Pizano. El testigo es un estudiante universitario de Valparaíso y dice esto:

«Fui detenido a mediados de octubre en el mismo recinto universitario donde estudiaba, donde asistía normalmente a clases. El rector designado por los militares permitía que los esbirros del Servicio de Inteligencia Naval se introdujeran en la universidad, y tengo la impresión de que el propio rector delataba a los estudiantes de izquierdas. Con los demás detenidos nos llevaron a la Academia de Guerra Naval. Este es un edificio de acero, de cuatro pisos, ubicado en un promontorio sobre el mar, en el Cerro Playa Ancha. Llegando se nos vendó los ojos y se nos hizo subir hasta el cuarto piso por las escaleras de hierro. Las caídas y los empujones iniciaban la tortura. Al subir escuchábamos gritos desgarradores; creímos que eran grabaciones para amedrentarnos, pero luego nos dimos cuenta de que eran gemidos auténticos de los torturados. Nos metieron en una pieza y nos obligaron a permanecer de pie, con las manos en la nuca, sin hablar. El que se movía o hablaba era lanzado al suelo donde le daban culatazos y lo pateaban. Allí permanecimos toda una tarde, en espera de que nos llamaran para interrogarnos. Nos sorprendieron hablando y nos castigaron brutalmente, pero así pude saber que en esa sala ya había personal de la Aduana que estaba siendo torturado. Había un profesor de literatura de la Universidad de Chile, un cura católico, y otro de nombre Juan, que era muy conocido en los barrios obreros de Valparaíso, quien posteriormente murió en una sesión de torturas. Se nos dio comida bastante buena, pero nadie comía por el horror de los gritos del recinto y el miedo. Los guardias sádicamente decían: «Aprovechen de comer, que será la última comida». No se pudo dormir en todo el tiempo que permanecí en el edificio, puesto que los gritos eran desgarradores; eran verdaderos alaridos de dolor y no cesaban ni de día ni de noche.

»El primer día sacaron a mucha gente que había llegado antes: los de la Aduana, el profesor de literatura y el cura católico. No volvieron más. Después sorprendí a un guardia que

comentaba con otro: "El cura se les fue cortado, lo van a hacer aparecer como suicidio".

»Al segundo día fui interrogado: Permanecí torturado durante más de tres horas. Me desnudaron y me golpearon con manos y pies por todo el cuerpo. Parece que los interrogadores eran muchos. Luego me aplicaron corriente en los testículos. Cuando suspendían la corriente me golpeaban con manos y pies. Especialmente me golpeaban el abdomen, porque cuando se inició la tortura intuí un golpe de karate en el vientre e instintivamente endurecí los músculos. Me gritó el torturador: "¿Así que entrenado? Ahora vas a ver". Durante todo el interrogatorio me tuvieron con los ojos vendados y las manos esposadas. Con las contracciones musculares por la electricidad, las esposas se cerraban cada vez más y me rompí las muñecas hasta el hueso. A estas alturas del interrogatorio ya no sentía dolor. Solamente me daba cuenta que me estaban quemando con electricidad. Al término del interrogatorio, que perseguía saber si había armas en la Universidad, me llevaron a otra sala donde me sacaron la venda para que pudiera caminar; pero me caía al suelo y me hicieron arrastrarme hacia otra sala donde yacían los torturados. Había allí un profesor universitario que conocía de vista, que estaba con todo un lado del cuerpo negro de los hematomas y le habían perforado el tímpano, por lo que el dolor le hacía aullar; los restantes estaban todos tanto o más golpeados que yo. Muchos tenían las costillas rotas y no podían siquiera respirar. Ninguno podía caminar; tenían fracturas en los huesos de las piernas, por golpes y por las contracciones musculares producidas por la corriente. Había muchas mujeres tan golpeadas como nosotros. A las mujeres las habían violado en forma bestial; estaban desgarradas internamente y sangraban con profusión. Una se quejaba continuamente, le habían introducido un objeto cortante en la vagina y parece que le había traspasado el peritoneo. Entre los que estaban, algunos dijeron haber reconocido a los interrogadores: "eran infantes de marina de los que han preparado las bases norteamericanas en Panamá".

»Al tercer día me mandaron al buque Lebu, habilitado como cárcel, a la bodega número 3, donde ya había ciento sesenta personas. Al descender sentí un hedor a excrementos que daba náuseas. Se debía a que no tenían baño y hacían sus necesidades en unos tarros colocados en la misma bodega. Había allí obreros, empleados, médicos, abogados, estudiantes, profesores. Entre ellos recuerdo a Patricio Muñoz, presidente de la Fede-

ración de Estudiantes de la Universidad de Chile en Valparaíso; Sergio Fischer, eminente cardiólogo; Nelson Osorio, profesor de literatura; Félix Laborde, ingeniero químico; Carlos Pabst, físico; y muchos más que no puedo nombrar. Conviví con ellos durante sesenta y cinco días. La comida era asquerosa. Nos servían porotos con gorgojo, es decir, con gusanos. En un tiempo trataron de aparecer más humanos y el jefe del recinto, un oficial de apellido Osorio, nos permitió subir a cubierta, pero, para que no nos divisaran desde la ciudad, nos obligaba a estar sentados e inmóviles al sol. Se nos quemaban los talones y muslos por el calor de las planchas de cubierta. Después, el jefe se dio cuenta de que desde un buque italiano, creo que era el Verdi, nos fotografiaban y desde entonces se prohibió que saliéramos a cubierta.

»Nos hacían levantar a las 6 y hacer gimnasia desnudos. Las faltas —fumar, conversar, no agregar el vocativo “señor” cuando nos interrogaban— eran sancionadas con culatazos y plantones, es decir, nos dejaban en posición erecta, rígidos, con las manos en la nuca, hasta por 24 horas, sin movernos. El menor movimiento era reprimido a culatazos. En las mañanas y en la noche nos hacían cantar el himno patrio al izar o arriar la bandera. Nos prohibían cantar el verso que dice “O la tumba serás de los libres, o el asilo contra la opresión”, porque parece que al principio los detenidos hacían mucho énfasis en esos versos y los marinos lo estimaban como un sarcasmo contra ellos.

»Un día nos sorprendimos porque nos hicieron limpiar, nos dieron implementos y bajaron colchonetas para todos. Era que concurría ese día una delegación de la Cruz Roja Internacional. No bien se estaba retirando la Cruz Roja después de la visita, nos quitaron las colchonetas y no las volvimos a ver más. En los contados casos en que existía un interés de la Armada por ocultar las gravísimas flagelaciones inferidas a personalidades reclamadas por entidades internacionales, o cuya muerte podía causar escándalo exterior, se les llevaba al Hospital Naval, donde algunos de ellos se suicidaban, como me consta que ocurrió con una muchacha que fue reiterada y bestialmente violada, quien se suicidó, razón por la cual en el Hospital estaba sumariado todo el personal del cuarto piso para averiguar quién había permitido el suicidio.

»Cuando llegó la noticia de que el Lebu era vendido como chatarra, me dejaron en libertad bajo condición de ser vigilado por la comisaría de Carabineros del barrio, donde tenía que con-

currir diariamente. Una vez que habilitaron el nuevo campo de concentración (el estudiante se refiere al campo de torturas habilitado en Colliguay Alto, en Valparaíso, donde en diciembre fueron trasladados los prisioneros de los barcos), empezaron a detener de nuevo a los que habían sido liberados, y entonces yo me fugué. Antes de enviarme a casa bajo vigilancia trataron de dejarme psicológicamente condicionado y me llevaron a la Academia de Guerra para una nueva sesión de torturas. Es tuve cuatro días y me di cuenta de que las cosas estaban mucho más crueles y refinadas. Golpeaban más y empleaban más la electricidad. Casi me trastorné, no tanto por mi propio sufrimiento como por el de personas más débiles que yo. Vi a jóvenes universitarias que habían sido torturadas hasta lo indecible; una de ellas, embarazada, había sido golpeada repetidamente en el vientre y mostraba síntomas de aborto. Ancianos de más de 60 años habían sido quemados por todo el cuerpo con cigarrillos y electricidad. Hombres y mujeres con las uñas arrancadas con alicates. Después me llevaron al Cuartel Silva Palma, de la Infantería de Marina. Al cabo de dos días en este recinto, inexplicablemente, me dejaron en libertad, obligándome a controlarme diariamente y a no contar lo que había visto. Nunca supe la razón de mi detención, ya que no sabía de armas en la Universidad, no era extremista ni militaba en ningún partido de la izquierda y solamente había participado en los trabajos voluntarios de toda la juventud, como cualquier estudiante universitario. Tengo excelentes notas y mis profesores me estimaban mucho. Mis padres le pidieron al rector que intercediera por mí y quizás eso haya sido la razón de mi libertad. Son tan arbitrarios los fascistas que eso no lo sabré jamás».

Esto parece ser suficiente para explicar parte del infierno que se desencadenó sobre Chile a partir del 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, algunos detalles adicionales son imprescindibles.

Por ejemplo, que a partir de febrero de 1974, el campo militar de Peñalolén, en los faldeos cordilleranos de Santiago, que para el día 11 sirvió de cuartel a los generales y almirantes insurrectos, se ha habilitado como «campo de torturas piloto» para los presos políticos. Antes, y durante tres meses, asesores de la policía y del Ejército brasileños, adiestraron a oficiales chilenos en el difícil arte de torturar a «prisioneros de guerra».¹¹

Esta asesoría «técnica» brasileña no es sorprendente, ya que, según propia confesión de los generales insurrectos, en declara-

ciones de una semana después del golpe militar, dijeron que habían enviado a Brasil, Bolivia y Paraguay oficiales del Ejército y la Marina de Chile para «poner en antecedentes» a esos Gobiernos del levantamiento militar que tendría lugar el 11 de septiembre. Así, los brasileños, bolivianos y paraguayos, un día después de dar el golpe, comenzaron a enviar expertos de Inteligencia de sus respectivos Ejércitos para «colaborar» en la identificación, apresamiento y torturas de ciudadanos brasileños, bolivianos, paraguayos y uruguayos que habían buscado asilo político en Chile durante los años anteriores.

Un caso que ahorra todo comentario es el del sociólogo y profesor universitario brasileño Theotonio Dos Santos, refugiado en Chile desde hacía siete años. Dos Santos se asiló en la embajada de Panamá después del 11 de septiembre, y fue mantenido cinco meses allí sin que se le otorgara el salvoconducto. En Washington, cuando una delegación de la Hostos Community de la Universidad de Nueva York preguntó en la embajada chilena en la capital yanqui por qué no se le concedía salvoconducto a Dos Santos, la secretaria de prensa de esa embajada, periodista Carmen Puelma, respondió que «Dos Santos no tiene ningún problema pendiente en Chile, lo que pasa es que el Gobierno brasileño nos ha pedido que lo retengamos». Estas declaraciones fueron publicadas en el diario «The New York Times» del 24 de noviembre de 1973.

Los «asesores» brasileños fueron los que introdujeron la técnica de ablandamiento moral del fusilamiento «simulado», que consiste en llevar a los prisioneros al campo de matanza, someterlos a la ceremonia del fusilamiento, en grupo, y matar sólo a uno de cada cinco o a uno de cada tres de los prisioneros en fila. Esta técnica fue utilizada profusamente en los primeros dos meses después del 11 de septiembre. Ahora se utiliza en los diferentes campos de concentración como Chacabuco, en Antofagasta; Pisagua, cerca de Iquique; Isla Juan Fernández, a 360 millas de Valparaíso; Isla Quiriquina, frente a Talcahuano; Isla Dawson, en el canal de Beagle; Colliguay Alto, en Valparaíso; y campos de Peñalolén, en Santiago.

La corrupción

La ocupación militar de Chile por parte de las tropas comandadas por los oficiales que obedecieron las órdenes del Pentá-